

An aerial, high-angle view of a Roman city, likely Itálica, situated on a riverbank. The city is enclosed by a high stone wall with crenellations. Inside the walls, numerous buildings with red-tiled roofs are visible, including a prominent temple with a portico. The river flows through the city, and the surrounding landscape is a mix of fields and trees under a dramatic, cloudy sky.

HISPANIA, AÑO 106 D. C.

Cayo Mumio Secundo, decurión de Itálica, presenta al emperador Trajano un proyecto destinado a asombrar al mundo. La decisión del César es favorable, pero ¿llegará a construirse?

LA
DECISIÓN
DEL CÉSAR

BLAS MALO

istoría

LA DECISIÓN DEL CÉSAR

BLAS MALO

istoría

© Blas Carlos Malo Poyatos, 2025

Los derechos de la Obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors & Yáñez' Co.
Agencia Literaria.

© Editorial Planeta S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 15.421-2025

ISBN: 979-13-87714-11-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1

*Año 859 ab urbe condita (106 d. C.),
Itálica, provincia Bética*

Son los idus de julio y el sol abrasa los campos de trigo y olivos, igual que un horno cuece los panes. Un romano avanza desde el teatro hacia los muelles en el río Betis, de aguas turbias bajo la calima. Las lagartijas se esconden a su paso. El agua mece los mercantes y éstos acarician la piedra y los muelles de madera con las bordas, haciendo crujir sus cuadernas. El romano, Cayo Mumio Secundo, bromea con los estibadores, saluda a un vecino, y salta a la cubierta del Juno. Está orgulloso de sus centenares de ánforas de aceite que están a punto de partir hacia Roma. Se acerca a la borda y mira la orilla opuesta del ancho río.

Los barcos aprovechan el viento caliente del sur para remontar la corriente hacia la distante Corduba, y desde el norte se dejan llevar por el agua impetuosa hacia el lago interior y luego hasta el mar. Puede ver Híspalis allá lejos, en la otra orilla. Piensa en muchas cosas a la vez. Quedan nueve meses para tener otra oportunidad. Qué mal nombre el que le asignaron los dioses.

Secundo. Tendrían que haberlo nombrado Tercio. Son tres hermanos; es el tercero en el orgullo de su padre. De más joven, loco por los caballos, siempre ganó el bronce. Es el tercer hombre que su mujer ha conocido, vive en la tercera calle, y hay tres gatos en casa y ningún niño. Y para colmo, los Elios y los Ulpios siempre consiguen los puestos anuales de duunviro. Tercer puesto, Cayo Mumio Secundo. Este año ya es la tercera vez. Se mofan de él en las pintadas.

—¿Sabes lo que dicen, Paula? —se lamenta en el lecho, insomne por el calor de la noche—. «Mumio, decurión de tercera fila.» «Mumio, tercio de hombre.» «El refrán lo dice: no hay dos sin Mumio.» Necesito algo nuevo, una idea que los aplaste a todos, adiós Elios y Ulpios, algo que me haga brillar, una promesa que los convenza a todos.

—Y tienes esa idea, y me la vas a contar, ahora, de madrugada. Tengo sueño, Secundo —gruñe Paula Cornelia, incómoda por el sudor.

—Si me prometes discreción, sí.

—No prometo nada. Déjame dormir.

Se hace el silencio.

—El próximo año seré duunviro. Te lo garantizo. Por eso mañana voy a Corduba. Pedí cita con el procónsul hace quince días. Me la han concedido.

—¿Y no me llevas? Quiero ver tiendas.

—Es política, no placer. Volveré en tres días. Vete a Híspalis con Sulpicia.

—Bah. Las mismas telas de todas partes.

El arúspice asiente con la cabeza, los augurios son buenos. El hígado no tiene deformidades, la sangre fluye con fuerza y con vivo color. Mercurio acepta el carnero del sacrificio y el viaje no tendrá incidentes, dictamina el lector de entrañas antes de ofrendarlo a las brasas frente al templo de la Tríada.

«Buen viaje, y un cojón de Marte», piensa Secundo, aferrado

a una lona para guarecerse del granizo más allá de Ilipa Magna. El capitán de la nave caudicaria detiene el remonte del río Betis y lanza el ancla a la margen derecha. Caen pedruscos como huevos de paloma y los esclavos gimen, encogidos contra la pequeña cabina. Un día, calor sofocante africano; otro, negros nubarrones emisarios del bóreas, fuera de estación, con esos proyectiles. El capitán está angustiado con su pasajero.

—¿Pagaste bien al arúspice?, ¿has ofendido a los dioses? —pregunta.

Y Secundo se encoge de hombros. Nada tiene de qué excusarse. Ha ofrendado a los penates, ha visitado a su padre, ha dado un sestercio a un lisiado. En el foro reverenció a Júpiter. «Ah, y le ha pisado un pie a uno de los Ulpios, excusa mediante.» Se pregunta si esa mirada airada es la culpable del mal tiempo. Con el emperador a buenas con el Tronante, lo mismo los dioses están más atentos a los Ulpios que a otros.

Él mira el agua, acribillada por los proyectiles blancos. Como si diez mil glandes lanzados por diez mil hondas tuvieran como único objetivo advertirle para que acote su ambición. ¿Es un nuevo Ícaro con sus alas de cera y plumas acercándose demasiado al sol? ¿Acaso es impiedad querer ser más que otros? ¿No será culpa del capitán? Se lo dice, y éste jura y perjura, besa el gran falo de oro que cuelga de una gruesa cadena desde su cuello, él es un marino de palabra y no un pirata, no ha perdido nunca un barco ni un viaje a lo largo del Betis, y no maltrata a sus esclavos. No, no es capricho, hay algo más, algo que Secundo calla. Y Secundo no dice nada.

Se aferra a la lona. Un esclavo que se asoma recibe un huevazo en la cara y la mofa de sus compañeros. Ruega que el granizo no diezme sus campos, sino los de sus enemigos.

Descienden en Corduba y allí se queda Cayo Mumio Secundo mirando de forma crítica el puente de piedra que cruza el río de un lado a otro. El lecho es menos profundo, la anchura es

menor, y no hay marea. Se despide del capitán, al que espera ver en dos días. Su sombra lo sigue: es Plinio, más joven que viejo, callado, y portador de la bolsa de monedas y de su muda de viaje. Paula se lo impuso. Mejor con Plinio que solo.

—Pero son asuntos confidenciales. Muy confidenciales, querida.

—Con más razón. Si te ven sin ningún esclavo levantarás sospechas.

Es el argumento más convincente.

Se vuelve hacia él con una intuición.

—¿Qué encargo te ha hecho mi esposa?

—Unas varas de telas alejandrinas, amo. A rayas azules, amo.

—¿Rayas? Plutón. ¿De verdad es lo que ahora se lleva?

—¡Oh, sí, amo! En vertical estilizan, amo.

«Rayas alejandrinas», pondera Secundo. Sabe dónde cenar y dónde dormir. Se dejan arrastrar desde el puerto hasta el interior de las murallas de la colonia. Primero, un baño. Luego, un masaje. Da gracias a Júpiter por pasar inadvertido. Ha visto las naves mercantes. Ésta lleva mármoles para Itálica. Aquélla vino bastetano para Itálica. El emperador está desviando riquezas hacia su ciudad natal.

Han cenado y antes de que caiga la luz, borracho y ya sin ánfora, llegan a la posada.

—¿Conoces El Tritón Rampante, Plinio? El que tiene un gran falo copulando con sirenas. Confirma allí que una persona me espera, y que se unirá a mí a primera hora en las escaleras del pretorio. ¡Corre!

La cama es cómoda. La habitación es para él solo. El dueño está avisado: Cayo Mumio Secundo viene recomendado. Discreción. Una posada en vez de una casa de un amigo. Un nombre ficticio en vez del verdadero. Una vieja túnica para el trayecto, en vez de la toga. Un pequeño obsequio en vez de un cofre de monedas.

No, nada de cofres. «Recuerda cómo acabó Cecilio Clásico.» Nada ostentoso. Este nuevo procónsul no ha perdido el tiempo. Ya está en Corduba, ya se ha reunido con el concilio provincial, ya está examinando las cuentas de su predecesor. El nuevo procónsul es más del gusto de Trajano, activo, directo, preciso. «Y además es amigo mío», piensa Secundo. O por lo menos lo era veinte años antes.

Ahora Cayo Mumio Secundo no es un decurión de Itálica, es un ciudadano, o mejor, un amigo. Sabe que en Itálica, en Ilipa, en Valens, en Ategua, en Manigua, en todas las curias no dejan de parlotear sobre los emisarios y obsequios que van a enviar al procónsul. Política.

Un sueño reparador y un sol radiante despiertan al romano. Vence la indolencia y el sopor, y palpa el lecho con la mano izquierda en busca del cuerpo de la mujer a la que echa de menos. Manda a Plinio que le traiga algo para desayunar, y cuando ha comido y se ha vestido con la toga, Secundo se siente más seguro. La cita es para la hora quinta. Está en las escaleras y ya tiene el primer contratiempo. Hay muchos más citados como él a la misma hora. Entabla conversación con un ciudadano acerca del granizo caído, y de lo raro del momento, en plena canícula. Esperan a que salga el portero para llamar por orden de lista. Paciencia, que es fácil tener mientras el sol no esté en lo alto. Segundo contratiempo. El experto que había contratado no ha llegado. Ahora tendrá que defender su propuesta él solo. Parece que el procónsul, en su afán de atender a todos antes de presidir la basílica, sólo concede audiencia por tramos de hora. Secundo lleva un rollo con unos diagramas para apoyar su explicación. Repasa sus razones, su propuesta. Podría estar horas hablando de su idea. Se pregunta si será capaz de hacerse entender.

¡Sale el portero! Y la cola avanza cuatro puestos. Algunos acosan al portero para que no se olvide de ellos. Secundo ve cómo algunos denarios cambian de mano con discreción. El portero

los recoge todos. El otro ciudadano de Corduba niega con la cabeza y mira con complicidad a Secundo: son provincianos, éstos no saben, le explica. Acaban de perder esos denarios para nada. Quizás antes, por ejemplo con Clásico, eso funcionaba. Pero no con el nuevo procónsul, dispuesto a derribar lo viejo. La curia está que trina. Aún no le han tomado la horma, y no se sabe qué relación mantiene con el emperador.

—Así que se debe tener prudencia —le aconseja.

Las caras de fastidio son generales. A esperar otra hora. O eso cree Secundo, porque apenas unos momentos después el portero regresa, como si tuviera una orden inesperada.

—¿Cayo Mumio Secundo está entre vosotros? —Secundo se hincha de orgullo, se recoloca un pliegue y avanza entre el gentío. El otro ciudadano le dirige una mirada de asombro, y de recelo. Todos lo miran—. El procónsul te recibirá ahora.

¿Quién es este que ha conseguido preferencia? ¿De dónde viene? ¿De qué familia es?

—¡Marco Arrio Breno, ave! —saluda Secundo—. Los dioses te han protegido y recompensado. Gracias por recibirme.

—Dioses, Secundo. Tienes buen aspecto. Hace años que no sé de ti. Es agradable ver a alguien de confianza entre tanto adulator. —Se dirige hacia el portero, antes de que cierre la puerta—. Resérvame dos marcas de clepsidra en vez de una para esta reunión. —El portero asiente con la cabeza y los deja solos—. ¿Cuántos, Secundo? ¿Cuarenta y cinco, cuarenta y seis?

—Tengo ya cuarenta y seis.

—Tú conoces Dacia. Ahora allí todo arde. El emperador empezó hace un mes la nueva campaña. No debiste licenciarte. Si hubieras aguantado, ahora tendrías una buena oportunidad para cubrirte de botín.

—De joven uno quiere aventuras. Ya no soy joven. Ahora he vuelto a la tierra, a mis olivos.

—¿Y no te aburres?

—Sigo vivo. Me harté de soportar a aquel tribuno.

—Ya. Ese tribuno que ahora es sobrino de un emperador. Qué inviernos tan fríos entre aquellas montañas llenas de osos. Bien, ahora estoy aquí. Buen sitio para un buen año. Bebe conmigo. Aquí hay buen vino, eso ya lo he descubierto. Ahora dejemos de ser Breno y Secundo, de la Legión II Adiutrix, y seamos el ciudadano Cayo Mumio Secundo y el procónsul Marco Arrio Breno. El tiempo es breve y tengo mucha burocracia y visitantes que atender. Mañana parto hacia Astigi. Dime el motivo de tu visita.

—Sin rodeos. Pretendo el duunvirato en Itálica el próximo año. Y quiero proponer una idea que me lo dará, si cuento con tu apoyo. Corduba tiene un puente que une ambas orillas. ¿Por qué Itálica no puede ser punto de cruce?

Breno lo mira, estupefacto.

—¿Te refieres a un puente? Un asunto costoso. De millones de sestercios. Ahora mismo estoy revisando las finanzas. Mi colega del año pasado no fue, digámoslo así, un funcionario eficiente. ¿Para qué quiere Itálica un puente? Para cruzar el río Betis ya están las barcazas y los muelles de Ilipa, Naeva, Oducia y Canania, y de Híspalis y de la propia Itálica. Un puente, un nuevo puente. Dioses. ¿Lo pides tú, como miembro de su curia?

—No. Lo pido, o lo sugiero, como un ciudadano con esperanzas. O como futuro duunviro.

—Te muestras muy seguro. Pero, por lo que sé, el río Betis es muy caudaloso a su entrega al lago Ligustino —el procónsul mira su copa antes de apurarla. Toma unas aceitunas aliñadas—. Excelentes. Un gran río exige un gran puente. Una gran inversión. Seguramente sería una inversión que requeriría la aprobación y aportación directa del emperador, de Roma. Hay guerra

en Dacia. El emperador tiene ahora mismo otras preocupaciones y otros gastos.

—Tú podrías...

—No. Un puente así llevaría varios años, y yo sólo estaré uno en Corduba. El emperador debería dar la aprobación y los fondos, y también tendría que opinar el Senado de Roma. Repito, ¿para qué quiere Itálica un puente? ¿Lo han pedido otras ciudades de las orillas?

—Lo ignoro. No me consta. Pero te explico el porqué. Porque Marco Ulpio Trajano nació en Itálica. Porque está vistiendo Itálica con mármol y con estatuas y los denarios fluyen hacia Itálica. Porque así Itálica ganaría aún más prestigio en la provincia, y Trajano se igualaría a Augusto. ¿No financió Augusto el puente de Corduba? Con este cruce que propongo, Trajano será recordado cinco mil años.

—¿Has consultado a alguien?

—Lo hice. Tenía a un experto que debería haber acudido hoy conmigo a verte, pero no ha aparecido.

—¿Quién es?

—Se llama Lácer. Ha construido hace muy poco un puente en Lusitania.

—¿Y qué opina?

—Que un puente en Itálica sería muy costoso, y estorbaría para la navegación del río Betis. Necesitaría mucha altura sobre el río, lo que lo haría inestable frente a las riadas.

—Bien, es sensato. Seguro que lo que ese Lácer opina es lo mismo que lo que podría pensar el procurador fluvial en Híspalis. Entonces no sé a qué has venido.

—Porque yo no propongo un puente.

—¿Ah, no?

—No. Propongo un túnel.

El procónsul, mudo, parpadea varias veces mientras entiende la propuesta.

—Parece de locos. No de alguien sensato. ¿Un túnel bajo el río? ¿Por qué? ¿Para qué?

—¡Porque es un proyecto osado que pondrá a Itálica, cuna del emperador, en todos los mapas del mundo! Porque puentes hay y muchos, y muy buenos, ¡pero un túnel! No se ha hecho nunca algo así bajo un río como el Betis. Piensa en las pirámides de Egipto, que son famosas. Algún día iré a Alejandría y remontaré el río Nilo, y las visitaré. Eso es Oriente. Pues es la oportunidad de igualar Occidente. ¿Dije antes cinco mil años? Pasarán diez mil, y nadie olvidará que Trajano honró su ciudad natal con un túnel digno de los dioses, y de Roma.

El procónsul se sirve más vino. Secundo espera en vano. No le ofrece más.

—Pero ¿se puede hacer?

—Se podría. Es como hacer una mina. Una mina con agua. El agua puede sacarse con norias, como en las minas de cobre de la antigua Tarsis, en Urium. Y eso es aquí, en la Bética. Un túnel no supondría obstáculo alguno a la navegación. Puede hacerse, si hay denarios y voluntad política, Breno. Tu nombre estaría en la placa de inauguración para toda la eternidad. ¿Te imaginas? Marco Arrio Breno Bético Póntico, procónsul que promovió el proyecto.

—Es que no me lo creo. No lo sé. Es lo más absurdo que he oído nunca. ¿Cuánto supondría eso? Millones. O decenas de millones de sestercios. A saber. Y pretendes que yo...

—Una nota. Al emperador. A mí no me escuchará. A ti, oh procónsul, seguro que sí. Podrías presentar la idea. Podrías vencerlo.

—Creo, Secundo, que deliras. Y eso que sólo te he invitado a una copa. Y me pregunto si el que delira ahora no seré yo, al escucharte.

Secundo recibe esas palabras como un ánfora de agua helada.

—¿Y si me escribes una carta, y parto yo a Dacia a hablar

con él? Estoy dispuesto a todo. Creo que es una idea extraordinaria.

Esta vez el procónsul, aún asombrado, lo invita a una segunda copa.

—Dime cómo se te ocurrió tu, ejem, idea.

—Fue hace justo tres meses. Yo estaba furioso por haber perdido las elecciones a duunviro por tercera vez. Galopé como un loco bajo el sol por el camino a Urium. Todo el mundo se apartaba de mi camino, y al cuarto miliario me sentí morir. Tuve un desvanecimiento y me caí del caballo. Había bebido mucho y hacía mucho calor. Me quedé de cara al sol, paralizado y dolorido, me sentí como un imbécil. Y luego, se hizo la oscuridad. Como si entrara en un túnel. Cuando me desperté, varios esclavos me estaban abanicando y refrescando a la sombra de una higuera, y me dieron agua. Y me vino la inspiración de la musa Clío: si quería hacer historia en vez de morir y ser olvidado debía hacer algo único y singular. Como un puente. ¡Pero puentes hay muchos!

—En Dacia hay uno nuevo, y dicen que es una maravilla.

—¡Pero es otro puente! Un túnel, me dije, como las minas, como en Urium, pero largo, más largo. Un túnel amplio, grande. ¿Qué es un túnel? Un agujero. Pero la tierra cede, las rocas ceden. ¿Cómo evitarlo? Los romanos sabemos hacer arcos. Y qué es un túnel, sino una sucesión de arcos. Podemos hacerlo. ¿Por qué no se ha hecho? Porque a nadie se le ha ocurrido antes.

—Y se te ha ocurrido a ti. Mira, Secundo, como idea teórica quizás sirva para una bonita argumentación regada con unas ánforas de vino de Falerno en un triclinio. Ahora bien, como funcionario y gestor, me parece un imposible. O como prefieras, un algo posible pero carísimo. Por lo tanto, no prioritario.

—¡Ah! Por eso acudo a ti. Tú y yo hemos estado en Dacia. Es un país rico, tiene oro, y Trajano va tras ese oro. Ésa es mi

idea. Con oro dácico y con voluntad imperial, podría hacerse. ¡Puede hacerse!

—Fascinante. Todo fascinante. Pero ya te digo que no saldrá ni un sestercio de la Bética para ese proyecto.

—Y si el emperador lo apoyara...

—Eso es otra cosa, que no sucederá. Y tampoco pienso escribirle para darle a conocer ese disparate. No querría que me tomaran en Roma por el loco que quería un túnel.

—¡Tú has dicho que sería algo posible!

—Soy militar, he cavado y mucho, he picado piedra para las calzadas y la he acarreado, he levantado empalizadas y he alzado murallas de tierra. Pero no soy ingeniero. No defenderé tu idea como sensata. Promete fuentes, una nueva vía, más árboles en los caminos y unos juegos, ¡un anfiteatro!, y conseguirás el duunvirato.

—Eso no ha bastado en tres ocasiones consecutivas.

—A lo mejor los dioses no quieren que seas duunviro.

—A lo mejor lo que quieren es algo digno de ellos. Algo inmortal.

—No debería beber más. Me espera un día muy largo. No creo que pueda hacer nada por ti sobre este tema. —Secundo calla su decepción. Espera a que el procónsul acabe su vino y rumie sus pensamientos—. Ha sido agradable verte y saber que tienes mujer, y que tus padres y hermanos están bien y con salud, y hablar de los viejos tiempos. Ahora es otro tiempo, que he de dedicar al gobierno de esta provincia. Mira mi mesa, llena de documentos. Imagina la tienda del emperador. Tendrá la cabeza en mil asuntos. Un túnel en Itálica. Es, como poco, una idea perturbadora. Pero te concedo algo. No escribiré al emperador, pero sí a su arquitecto. Ve a Roma y habla con él. Allí debe de estar ahora. Convéncelo y quizás él hable con el emperador sobre tu idea. Te daré una recomendación y por adelantado le pediré que te reciba. Mi sugerencia es que no tardes en

partir. Ahora en verano Roma es pura efervescencia de obra pública. Apolodoro de Damasco está excavando como mil topos y haciendo de la capital del imperio algo insólito. Pero ten cuidado, es arrogante. Le gusta que lo adulen. Se cree el mejor del mundo, y la verdad es que puede que sea cierto. Si lo que le cuentas es posible... Ya lo verás. ¿Quieres adjuntar alguno de estos diagramas?

Secundo está inquieto. Ha hecho sacrificar una oveja ante el altar a Juno, la que es capaz de ver más allá de las nubes y de las tinieblas, y regresa a Itálica decidido a embarcar enseguida para Roma. Lleva un estuche con las palabras selladas de su amigo el procónsul, a quien ha prometido regalar la primera prensa-
da del próximo aceite. Plinio vigila la tela comprada, carísima. Con ello confía en engatusar a su mujer para que no gima como una gata cuando le diga que ella no lo acompañará al centro del imperio.